



El terror de Trump silencia la frontera con México

La dura retórica contra la migración del Gobierno de EE UU logra reducir los cruces irregulares. “Para nadie es un secreto que a este presidente le gusta separar familias”, asegura una venezolana



LUIS PABLO BEAUREGARD

El Paso (Texas) - 27 ABR 2025 - 06:00CEST

En el punto más alto de un vertedero, un solitario soldado estadounidense vigila la frontera de su país con México. Minutos antes de las siete de la mañana, el único movimiento son los camiones que transportan a los empleados de las maquilas del lado mexicano. A unos metros del militar hay un par de Stryker, unos vehículos acorazados de combate desplazados a inicios de abril para vigilar la línea. Son veloces tanquetas con capacidad para nueve soldados, pero esta mañana de abril están vacías y forman parte del perezoso amanecer en un punto que, hasta hace poco, era uno de los más candentes del planeta. Hoy, el miedo lo impregna todo.

Desde este punto de vigilancia, ubicado en la ciudad de Sunland Park (Nuevo México), se ven kilómetros del muro fronterizo. Toneladas de acero del muro del presidente Donald Trump, que su antecesor, el demócrata Joe Biden, [intentó vender como chatarra](#) en el ocaso de su mandato, están apiladas sobre este terreno desértico. El muro fue una de las obsesiones de Trump en su primera presidencia. En su retorno a la Casa Blanca, el republicano ha desplegado una barrera mucho más eficaz: el terror. Es un eficaz instrumento formado por un largo listado de amenazas. Desde los 6.100 militares desplazados a la frontera, a la cancelación de visados o la cacería de indocumentados que se lleva a cabo todos los días dentro de todo el país.



En marzo, Washington presumió de haber logrado [la cifra más baja de cruces irregulares](#) en décadas, con solo 7.100. Es el segundo mes a la baja para el Gobierno de Trump y marca uno de los periodos con menos tráfico en la historia reciente de EE UU. El número representa una caída del 92% comparado con diciembre de 2024, el último mes completo de Biden en la presidencia.

El clima de temor y persecución ha sido suficiente para doblegar a Cristina. La vida de esta indocumentada brasileña, que pide no usar su nombre real por miedo, no ha sido la misma desde que el pasado febrero nueve patrullas y 18 agentes de la policía migratoria llegaron a su domicilio, con el objetivo de detenerla y deportarla. “Tus hijos se pueden quedar aquí, pero tú no”, le dijeron dos policías del Servicio de Inmigración y Control de Aduanas (ICE). Cuando entraron al remolque donde vive la familia, se toparon con una sorpresa. Una bebé de 20 días estaba dormida en una cuna. Cristina no podía iniciar el viaje por haber parido recientemente.

Cristina, de 33 años, vive desde entonces como una prisionera en libertad condicional. En la muñeca izquierda porta un brazalete que manda a las autoridades su geolocalización en todo momento. “A veces me han llamado a las dos o tres de la mañana porque no reciben la señal y quieren saber si me he fugado. Me piden salir de casa y estirar el brazo al cielo para que me encuentren”, señala Cristina.

[El terror de Trump silencia la frontera con México | Internacional | EL PAÍS](#)